

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CARTA DESDE HARVARD

LA NIEVE, EL VIEJO Y EL GANSO

El lunes 5 de enero que llegué a Nueva York no se sentía frío intenso; era perfectamente soportable con el suéter y la chamarra de gamuza que me traía del comedido clima mexicano. Pero a lo largo de la semana poco a poco el frío fue recrudesciendo, y el 14 caló de veras hasta extremos polares.

El 15 que salí en tren hacia el norte, hacia Massachusetts, fue brumoso y frío, pese a que caía una nevada ligera. El viaje fue por completo extraordinario por el paisaje que iba desarrollándose al avance del tren, ennoblecido por la nieve, por el manto blanco que todo lo acicala: los cementerios ondulados, por ejemplo, lápidas uniformes y estrictas, asomando militares, o el laguito congelado liso como espejo, o el color profundo del río casi helado entre la nieve pachona, gris verdoso Alejandro Luna, oscuro, fluyendo entre el detenido gong de la nieve.

Y pensar que este traje de rey francés, esta grandeza de atavío, no es más que agua. Agua, pero congelada. Un estado hace toda la diferencia. Un estado es mucho. ¿A lo mejor nosotros los humanos no somos más que eso, un estado? Un breve momento de equilibrio y luego, pum, vas para abajo: el equilibrio siempre precario no puede mantenerse, y pum.

Empiece por donde empiece acabo pensando en la vejez, como decía mi suegra. Desde que me caí y me lastimé el brazo izquierdo a la altura del hombro mi sensación de incapacidad se ha disparado, y con ella la amenaza de decrepitud se cierne sobre mí. Muy inoportunamente ahora que estoy al comienzo de esta nueva aventura.

Cuando estés viejo te llevarán adonde no quieras.

Esta horripilante amenaza figura en el capítulo 21 del Evangelio de Juan; yace en el fondo del apetito de atesorar bienes materiales, insaciable en tanta gente. El temor (def. *miedo de hechos que se prevén*, Barcia), que crece fácilmente a pavor (def. *temor idealizado por la fantasía*, ídem), de perder toda autonomía al alcanzar la edad provec-ta, y quedar por ejemplo encerrado en un asilo o tiranizado por algún pariente o cuidador. Y se combate esta posibilidad con otra fantasía: si se tiene mucho dinero nada de esto puede suceder.

Son fantasías, no sabemos nada del futuro y es imposible preverlo, ¿pero, bueno, qué en esta vida no es fantasía?

El viernes 30 Guita decidió comer un huevo, pero de ganso, grande, poderoso. Interrogó que si quería probarlo. Respondí de inmediato, y con cierto horror, que no, que de ningún modo. ¿Por qué? Porque me gustan muchísimo los gansos: son erguidos, elegantes, ladran, vuelan maravillosamente largas distancias, su gris es refinadísimo.

¿Y por qué sí comes huevos de pollo? Bueno, el pobre pollo es confuso, atado al polvo, no puede compararse a un ganso. Comer ganso, como le hice saber a Guita, es casi antropofagia.

Llevo ya unos días en la isla de Cambridge, donde se asienta, enorme, la Universidad de Harvard donde voy trabajar un semestre como profesor invitado. Hace más frío aquí que en Nueva York, que ni qué, pero hay mejores librerías, monstruos increíbles, y la vida intelectual es variada e incesante. Por ejemplo, está esa gran experta en Shakespeare de la que ni siquiera tenía noticia y que es maestra aquí en Harvard. Explica en uno de sus libros, digamos, el *chiasmus* en el Bardo. El *chiasmus* es una figura retórica que consiste en repetir las palabras de una frase, pero invirtiendo el orden de los términos. El más famoso es el de Kennedy en su toma de posesión como presidente, muy recordada ahora con la locura por Obama: “No te preguntes qué puede hacer Estados Unidos por ti, sino qué puedes hacer tú por Estados Unidos.” Shakespeare, maestro retórico como no hay otro, juega muchas veces con estos *chiasmus*: “He malgastado mi tiempo, y mi tiempo me ha malgastado a mí”, que figura en alguno de los Enríques.

Ya me dieron micubículo, está impecable, en el cuarto piso del Boylston Hall y empiezo a sentirme muy bien aquí, entre la nieve. A ver cómo me va en las clases. —

— HUGO HIRIART

IN MEMORIAM

MONTES DE OCA: UN BALANCE

Marco Antonio Montes de Oca murió el pasado 7 de febrero, a los 76 años de edad. Recordamos a este poeta abundante y devoto del “empolvado milagro de la poesía” con un ensayo de Ulalume González de León, uno de los mejores dedicados a su obra, publicado en *Material de Lectura*, serie “Poesía moderna”, núm. 42, Departamento de Humanidades de la Dirección General de Difusión Cultural / UNAM, Fondo Nacional para Actividades Sociales, sin fecha, 48 pp.

Desde sus primeros poemas, que datan de los tiempos en que era estudiante de secundaria, Montes de Oca asumió la “fatalidad” de ser poeta con una inocencia y una confianza que nunca perdería del todo a pesar de momentos en que la duda, el escepticismo, las inquietudes despertadas por la realidad social e histórica, abrieron grietas inevitables en su *Parcela en el Edén*—título significativo de uno de sus libros que podría ser el nombre del mundo intemporal, “original”, fundado con su obra. Creo que algunas constantes de esta obra, aunque pueda estudiarse en ella una clara evolución, invitan más bien al balance final de su totalidad. En otras palabras, tengo una imagen de ella en la que prevalecen, sobre aquellas decepciones intermitentes, el designio de recrear un mundo anterior a la memoria; sobre las variaciones de tono, la voz de la fe y del entusiasmo; sobre las búsquedas formales, el dominio de las imágenes y su combinatoria.

Ya el (des)orden alfabético en que estaban presentados los poemas de *Poesía reunida* (primer recuento de lo escrito hasta entonces—doce libros—que hizo Montes de Oca en 1970), al anular la cronología o volverla difícilmente reconstruible, proponía, para mí, ese balance—y con él el descubrimiento de que el poeta habla del tiempo en la memoria con mayor fluidez (y eficacia) que cuando habla del presente; de que lo importante en esta obra es, finalmente,

la catarsis en que el sufrimiento se muda en humo y resplandor.*

¿Cuál será el balance final? Creo que Montes de Oca será recordado por un contrapunto de luces y sombras que acaba por disolverse en luz entera. ¿Se llamará *Delante de la luz cantan los pájaros* su próximo recuento de poemas, como él me lo anunciara un día (dándome la razón)?

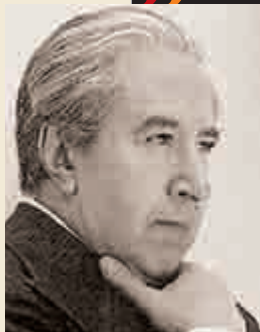
Hay poetas que buscan su propia voz a tientas y a tropiezos. Montes de Oca se instaló de golpe en plena poesía. Pero ningún poeta puede planearse a sí mismo, sino obedecer a lo que es, dentro de él, honda imposición ineludible. El joven Montes de Oca rehuyó todo lo que sentía “programado”, tanto las pretenciosas búsquedas de una perfección formal antepuesta como meta a la del vuelo, como el afán de dar cátedra de moral o filosofía a contravuelo, en textos “emplumados”—con deleznable chapopote—de mal adheridos destellos de lirismo. Dije que desde el primer momento se entregó al ejercicio de la poesía con inocencia y confianza. Ambas se dan juntas: la inocencia es confiada y la confianza es inocente; pero se quedan en ingenuidad o equivocación cuando no están respaldadas por el don poético. Y Montes de Oca, sin equivocarse, creyó siempre en su don, aun en los momentos—como veremos—en que todo lo demás era puesto en duda. Hay inocencia, in-contaminación, en su indiferencia inicial a todo lo que no fuera *voltaje lírico*, esa carga *sui generis* del idioma por la cual, poundianamente, el poeta-en-ciernes había identificado ya a la poesía auténtica; confianza, también, en que la carga interior correspondiente, anterior a las palabras, debía fluir sin censuras. No le importó que sus primeros poemas fueran *torpes hasta la ignominia* siempre que brotaran *espontáneos como un castillo de bongos buscando la luz*; el don acabaría por imponerse y ya vendría, con el tiempo, el abandono vigilado que exige la creación poética. También sintió, muy pronto, que su obra sería trascendencia del drama interior; que en poesía, *cuando el infortunio nos toma por su cuenta, es fácil restituir al mundo oleajes de indecible amargura*;

* Todas las frases o palabras subrayadas son de Montes de Oca (prólogo a *Poesía reunida* o citas de sus poemas).

y eligió la *Fundación del entusiasmo* (título de otro de sus libros), la búsqueda de absolutos, para contribuir (tarea más ardua) a la *felicidad merecida por todos*. El poema confesional le parecía una fácil descarga de enorme pobreza; sabía que el ser sólo puede enriquecerse cuando sale de sí mismo para indagar el universo, lo otro y los otros, e incorporarse una experiencia que *aumenta su esencia* y lo transforma.

Por un momento, el poeta quiso ceñir la inspiración a una disciplina y se adhirió al grupo de los “poeticistas”, fundado a principios de los cincuenta por Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo (entre otros). Este movimiento pretendía racionalizar en forma “científica” las técnicas que permiten crear imágenes poéticas. Pero si Montes de Oca conservó de aquella experiencia el gusto por la claridad y la originalidad de la imagen, pronto rechazó una mecánica que inhibía a la inspiración, nuestra única *manera congénita de volar*.

Desde su primer libro, Montes de Oca asombra a los críticos por la facilidad con que brotan y se acumulan en sus poemas las imágenes más inéditas. Pero los críticos no ven entonces más allá de lo que llaman “exuberancia imaginativa” del poeta. Hay, en efecto, sobreabundancia (*Al diablo con las ornamentaciones y las normas de severidad*, admitirá Montes de Oca en un texto muy posterior). Pero la proliferación de metáforas no es gratuita: una secreta correspondencia la justifica y articula. Simultáneamente a un viaje de ida, a una inmersión en el todo y una percepción asombrada de cuanto nos rodea, se produce ese brote incontenible de imágenes por el cual lo percibido se vuelve digestible, *i.e.* subjetivo, y en viaje de regreso puede entonces alimentar al espíritu. El poema cuaja en el punto de coincidencia de dos “revelaciones” (o certidumbres estrictamente poéticas): la de la coherencia y la armonía presentes en el universo tras la apariencia caótica que le confieren la riqueza y la diversidad de las cosas, y la de la armonía y la coherencia que alcanzan las asociaciones aparentemente más arbitrarias de la fantasía ya que por ellas, al *andarse por las ramas*, el poeta llega a su propia penetralia. En el nivel inmediato, el tejido de imágenes



Montes de Oca
(1932-2009)

del poema entrega esa coherencia como movimiento, como oleaje que prospera en un sentido único. En un nivel de mar de fondo, como función del deseo de expresar *las grandes urgencias con que el hombre avanza hacia su propio centro*. En el primero de estos niveles, aun cuando cada imagen tiene el valor de un hallazgo y puede ser leída por separado, sucumbimos al efecto incantatorio del torrente ininterrumpido de imágenes y el poema tiene ya, por lo menos, la consistencia de un clima sostenido. También percibimos que su unidad está *menos en su secuencia anecdótica que en la complejidad de enfoques y estímulos que la suscitan*. En el nivel subyacente, el texto se entrega a una lectura más atenta. En todo aquello que brota en la metáfora, los seres vivos o la piedra o el cielo o la estrella, todo un mundo visual, terrestre y aéreo (articulado por el deslizamiento de algún símbolo, como el del colibrí-Cristo en el que se aúnan la tradición indígena y la cristiana), la realidad se anima, se espiritualiza; se unen, como los bordes de una herida, los del abismo que separa realidad e imaginación, y nos preguntamos quién sueña a quien, si es la *fuerza del sueño la que transforma berraduras en anillos de Saturno, o es el turno de la realidad/ y a ella le toca vendarse las pupilas/ adivinar a quién la vive*. La suma de esas metáforas, de esos poemas, es además la primera parte de una metáfora cuyo segundo término es el hombre. Y en el centro de esta totalidad, platónicamente, está la metáfora del recuerdo; ser es recordar, ir a las fuentes, al origen, a la leyenda. Para llegar a sí mismo, Montes de Oca hace lo que Gabriel Zaid llama “lo contrario de ir donde se va”; necesita espacio y lo abre —en el poema largo; en un notable ensanchamiento del vocabulario poético que no hace concesiones a ningún gusto preestablecido; en la pluralidad de sentidos que tienen las palabras.

Hasta aquí la imagen de Montes de Oca que se impone, en mí, a otras imágenes más “históricas” o más “accidentales” —lo cual no significa que el poeta se haya instalado en ella ni que sea yo ciega a los

cambios que van enriqueciendo su obra, a la inquietud que lo lleva a explorar nuevas formas, a la sensibilidad que lo hace estar alerta a solicitaciones más temporales que la de recuperar, en la consagración del instante, una dicha que también es la única versión a nuestro alcance y a nuestra escala de la eternidad deseada.

Hay en Montes de Oca una apertura y un ahondamiento progresivos de la subjetividad. Como lo señala Ramón Xirau, no se encierra en el solipsismo: su “subjetividad puede y debe entenderse como forma de la comunidad. Ser subjetivo, por decirlo cerca de Kierkegaard, es ser subjetivo hacia los demás”. Si Montes de Oca piensa que la poesía es *aditivo esencial del orden viviente, elemento añadido al ser, es cierto, pero que una vez asimilado aumenta su misma esencia*, quiere compartir esta experiencia, no sólo con el “tú” de sus poemas de amor sino con todos los hombres. Hablé antes de solicitaciones “históricas”: su desazón ante la condición humana lo ha llevado a veces a escribir poemas como “A bayoneta calada”, o los dedicados a Allende, el 10 de junio, el Che Guevara. También llamé “accidentales” esas solicitaciones: los recién mencionados no son ni sus más frecuentes ni sus mejores poemas. No caen, sin embargo, en las fáciles concesiones del manifiesto político, e ilustran así una convicción de su autor: lo absurdo de abaratar el contenido poemático en función del supuesto bajo nivel de las masas, ya que *la cultura diluida y adaptada a finalidades bastardas no interesa a nadie*.

Otro terreno en que la evolución del poeta es visible es el de la búsqueda de una mayor concisión del lenguaje. Tiene esta felices resultados desde *Las fuentes legendarias* y *Pedir el fuego*, hasta los textos mejor logrados de *Sellama como quieras* y *Las constelaciones secretas*. La siento, en cambio, más “programada” en *Lugares donde el espacio cicatriza*, un ensayo de poemas visuales acompañados por “antidiscursos” que los comentan y que frisan en la escritura automática. Este libro deja abiertas algunas dudas: ¿qué ilustra a qué: los textos más convencionalmente “escritos” a los visuales, o viceversa? Los comentarios —*lo que las propias invenciones sugieren*— podrían indicar una suficiencia de poemas “concretos”,

aunque el autor aclare que son creaciones paralelas a estos y no explicaciones. Y las soluciones gráficas no son ni impecables ni lo bastante sorprendidas como para justificar la insistencia en una aventura que ha perdido novedad. El libro habla, en todo caso, de las inquietudes de Montes de Oca; es para mí una “curiosidad” que este puede darse el lujo de incluir en una obra sólida, sin que esta pierda nada por ello. También me parece “accidental” en el balance del que brota la imagen definitiva del poeta.

Quiero señalar, por último, la ampliación del repertorio de tonos que se produce en los últimos libros de Montes de Oca: inclusión más frecuente del humor, indecisión, decepción y aun afán de olvido; pero sobre todo lo que podría parecer una infiltración progresiva de la duda. El escepticismo, visible ya en sus primeras obras, estaba neutralizado sin embargo por el fervor de la “plegaria”, por la fe en la bondad humana, por la convicción de que *no ha muerto la inocencia*, de que *siempre se gana, de que no se pierde*. Después, el feliz frequentador de abismos parece no fiarse ya del todo de su paracaídas de imágenes espléndidas. Por ello, tal vez, se vuelve menos visionario y más introspectivo; deja que lo conozcamos decepcionado, triste, capaz de reírse de sí mismo, dispuesto a caer. Pero la duda, a pesar de todo, no llega a minar su confianza en la poesía: si *el hombre se muere de resucitar en vano, puede transformar la gratuidad de la existencia en fiesta definitiva*. La aceptación de la caída es en Montes de Oca la de un Ícaro que *añade más papel a las alas de Leonardo* y sabe, al menos, que lo que escribe en ese papel *no se borra*. —

— ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

CIENCIA

LA HUELLA DE DARWIN

Nuestro recorrido comienza en Shrewsbury, cabeza del condado de Shropshire, que se halla a poco menos de cuatro horas en tren al noroeste de Londres y que hoy en día no sobrepasa los cien mil habitantes. Su tradición mercantil desde el medio-

evo lo mantuvo vivo, de manera que a principios del siglo XIX contaba con una urbanización suficiente para permitir el desarrollo de la cultura pero no era tan grande, peligroso y avasallador como la capital. Charles Robert Darwin nació, pues, el 12 de febrero de 1809 en el sitio preciso en el momento adecuado. Creció protegido por la civilización reinante (su padre era un médico rico, librepensador y hombre de negocios, mientras que sus abuelos eran intelectuales de vanguardia) y al mismo tiempo gozó de un apacible ambiente ligado a la naturaleza. Quizás el entorno citadino londinense de aquella época lo habría convertido en un émulo de Charles Dickens, y entonces su estrella se habría eclipsado para siempre.

A doscientos años de distancia se le considera, junto a Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Isaac Newton y, más recientemente, Albert Einstein, miembro del selecto club de superhéroes de la ciencia moderna. Aquí en Shrewsbury el residente distinguido siempre será Darwin, como en Woolsthorpe, condado de Lincolnshire, lo es Newton. Pero no está solo: el papá del ex primer ministro Tony Blair, el cantante Ian Hunter de la banda pop Mott the Hoople y el poeta de la Primera Guerra Mundial Wilfred Owen, también han vivido en estas calles humedecidas por el río Severn.

Como se sabe, el ídolo de hoy fue vituperado ayer. Su camino a la fama fue distinto al de Newton. Si bien la teoría de la gravedad de este último demoró ochenta años en aceptarse, a diferencia de él, quien de inmediato impuso algunas de sus ideas y la forma de decirlas (para lo cual inventó todo un nuevo lenguaje, el cálculo), los relatos de Darwin que desembocaron en la teoría de la selección natural, el mecanismo clave de la adaptación evolutiva, suscitaron el repudio de diversos sectores de la sociedad, incluidos algunos de sus antiguos maestros, y dudas en artistas como el poeta ruso Osip Mandelstam, quien reconoció que al principio no había comprendido lo que realmente el naturalista británico había querido decir en todas esas páginas “descarnadas”, contrarias al ampuloso naturalismo satirizado por Dickens en *Los papeles póstumos del Club Pickwick*.

Finalmente se impuso el peso de los argumentos darwinianos, pero sobre todo su estilo, cosa que lo colocó junto a Dickens como autor favorito de los escépticos y librepensadores, de una generación que exploraba por primera vez la modernidad. A pesar de haber contado con muchos apasionados partidarios no sólo desde la publicación de su libro *El origen de las especies*, en noviembre de 1859, sino mucho antes, desde que se difundieron sus notas de viaje por el mundo (1831-1836), tomó varias décadas digerir sus propuestas radicales sobre los linajes y el árbol de la vida. En el camino entre Shrewsbury y Edimburgo hay quien comenta que si se le debe una disculpa pública *post mortem*, sobre todo en el Reino Unido y en Francia, no es sólo por las mofas que provocaron sus ideas en cuanto al origen y evolución de los organismos vivos sino por la manera como las dijo, expurgando a su narración de toda jerga científica y retruécano presuntamente literario. De hecho, en su conjunto la obra de Darwin podría verse como una gran sátira de lo que el sentido común y nuestras creencias más atávicas quieren hacernos creer.

Así que la capital histórica de Escocia, uno de los bastiones modernos de la cultura británica y cuna de gran parte de la civilización tecnológica que hoy gozamos y padecemos, fue donde Darwin confirmó su vocación literaria y su necesidad de abordar la historia natural como nunca antes había sido pensada ni escrita. Mandelstam pudo mantenerse dentro de ese espíritu candoroso, muchas veces chauvinista y grandilocuente que aún habita el alma rusa. Por el contrario, fue sensible al estilo revolucionario de Darwin y cedió a la magia de sus relatos e ideas. Su oído educado lo llevó a imaginar el peregrinaje de Darwin empezando por el jardín de su casa en el monte (The Mount) de Shrewsbury, y luego en Edimburgo, donde abandonó la tortuosa medicina decimonónica por lecciones de taxidermia con John Edmonstone, que el ilustre naturalista negro solía salpicar de intrigantes relatos sobre las exóticas tierras de Sudamérica. En su segundo año aquí, en la ciudad de Walter Scott, podía verse a Darwin caminando junto al prominente

biólogo evolucionista Robert Edmund Grant rumbo a las costas escocesas. Fue Grant quien le enseñó claves sobre los ciclos vitales de la vida marina que luego fundamentarían su propio relato.

El padre disgustado por el diletantismo de Charles, quien ya sabía clasificar plantas y conocía de estratos geológicos, lo envió a Cambridge. Y allá fuimos, en un viaje por tren que ahora se hace en unas seis horas, tratando de adivinar los pensamientos del joven escritor de la naturaleza empeñado en descifrar el verdadero significado de la vida y de las palabras que la caracterizan. Si es cierto, como observó Mandelstam, que en los tiempos en que Darwin surgió en escena el arte de los miniaturistas, es decir, el de la aristocracia de las ciencias naturales estaba a punto de colapsarse, y que los principios de la taxonomía de Linneo habían sido ya destrozados por los de Lamarck, entonces podemos suponer que la burguesía no necesitaba ya de una ideología que glorificara los fundamentos racionales de la realidad a través de la ciencia, sino de un relato veraz de esa realidad que renovara los principios esenciales de disciplinas científicas sumidas en un embrollo al tratar de responder una pregunta: ¿qué es la vida?

Andar por las calles del famoso pueblo nos recuerda el peligro que corre la nueva biología de convertirse en otra religión de aeropuerto. Ya Mandelstam había advertido que, en comparación con los teólogos, oradores y legisladores de las ciencias naturales de entonces, Darwin simplemente abrió sus oídos a los hechos, hojeando con genuino cuidado cristiano el libro de la naturaleza, no como una Biblia sino como el manual del hombre de negocios, como la guía del corredor de bolsa, como un índice de precios, signos y funciones. En Cambridge fue invitado a convertirse en clérigo. En vez de eso se preparó para seguir el viaje y tomó clases de geología con uno de los fundadores de esta disciplina en su concepción moderna, el reverendo Adam Sedgwick, a quien también acompañó como asistente para registrar estratos geológicos en Gales.

Darwin combatió las malas conciencias que gustaban del largo registro “policíaco” sobre cada animal y planta.

Como lo hizo notar Mandelstam, consiguió convertirse más bien en un cronista de guerra, en un humilde entrevistador de especies en vías de extinción, en un reportero desesperado que logró colarse como testigo ocular de los hechos. Darwin nunca describe, solamente caracteriza, y eso fue una cortesía de su parte, pues su viaje por el mundo a bordo del *Beagle* era algo común entre los jóvenes con un futuro promisorio, quienes regresaban con bitácoras llenas de descripciones ociosas. El hecho de que innumerables artistas, estudiantes y poetas se involucraran en ese singular rito de iniciación nos obliga a agradecerle aún más a Darwin haber optado por un estilo implacable y fuera de la estética convencional, al estilo de Galileo, esto es, una prosa para el hombre medio y no para el sabelotodo, cuentos coloniales para el que no cree en las razas ni en la creación especial de las especies, historias de aventuras para marinos de agua dulce que desean progresar.

La influencia de Darwin ha sido tan duradera como la huella que dejó en él su viaje por el mundo, y vale tanto por lo que vio como por lo que no vio. A pesar de que en buena parte del trayecto sufrió de mareos, fiebres y picaduras que lo retuvieron en tierra y lo enfermarían el resto de su vida, aun así fueron cinco años maravillosos al cabo de los cuales se encontró con las miles de piezas de un rompecabezas que le tomó veinte años más ordenar y plasmar en un solo y largo argumento. Nuestro propio recorrido termina en Londres, urbe que Darwin siempre evitó hasta donde pudo, pero sabemos que tuvo que venir aquí y lidiar con las sombras que lo acompañaron al embarcarse en el *Beagle*, cuando aún no creía en la evolución de las especies. Fue hasta su visita a las islas Galápagos de septiembre y octubre de 1835 cuando recopiló suficiente evidencia para descubrir que los organismos no permanecen fijos en el tiempo, si bien no lo entendió en ese instante. Apenas nueve meses más tarde,

en julio de 1836, escribió en su diario sus primeras reflexiones sobre lo endeble que resultaba suponer una eterna estabilidad en las especies luego de lo que había visto en piedras, seres vivos y fósiles.

Caminamos hasta el número 12 de la calle Gower, en el barrio de Bloomsbury, hoy el centro de Londres. Aquí vivió Darwin de recién casado con Emma Wedgwood cerca de cuatro años para luego mudarse al poblado de Downe, en el condado de Kent, donde murió el 19 de abril de 1882. Muy probablemente fue en esta casona, hoy parte de las instalaciones de la University College de Londres, donde Charles tuvo que emplear a fondo sus habilidades como dilettante, es decir, las de un escritor metido a naturalista y un biólogo metido a filósofo. Aquí estudiaría las ideas de Malthus sobre los factores que influyen en el crecimiento de las poblaciones humanas. Uno de esos factores, las enfermedades, debió haber templado su espíritu de adaptación y afinado su instinto de supervivencia,



Darwin, superhéroe de la ciencia.

así que al mirar hacia la calle Gower, hacia Londres, hacia el mundo que lo había visto pasar, reescribió el argumento evolutivo que había estado en el aire por casi cien años y lo despojó de excesivo esencialismo, determinismo y universalismo, mientras que ponderaba el pensamiento poblacional y el papel de la probabilidad, del azar, del pluralismo y lo emergente. Por ello los libros de Darwin no forman parte de una teoría ni de una ideología sino de un relato divertido y atento sobre el acontecer de las especies. —

— CARLOS CHIMAL

POÉTICAS AUSENCIA DE LA POESÍA

Para decirlo llanamente, no tengo respuesta a sus preguntas. O execrables respuestas a una mala pregunta. Una pregunta incongruente, inadecuada para la natu-

raleza y el sentido de la poesía; de la poesía que no existe, no se ausenta, no surge sino para rechazar la respuesta. Y para aproximarse a la pregunta. A la otra pregunta. La pregunta del ser en el mundo, y del otro en la lengua.

Y me extraña su extrañeza, su ausencia. Ausente, la poesía siempre lo ha estado. La ausencia es su lugar, su estancia, su terreno. Platón la expulsó de su República. Y jamás volvió. Nunca tuvo derecho de ciudad. Ella está afuera. Amotinada, siempre incómoda, hundida en un sueño activo, una inacción belicosa, que es su verdadero trabajo en la lengua y el mundo, hacia y contra todos, un trabajo de trasgresión y de fundación de la lengua.

Ella está afuera, es la “ausente de todo ramo”.¹ Insaciable, en el frente y en la retaguardia, en estado germinal, en el tizoneo de los hogares y de los confines, no responde a las preguntas, ella las plantea, las desplaza, las conduce, indefinidamente, más lejos... Ella se hunde en los yacimientos de la tierra, de ahí extrae su fuerza ascensional. Ella sacude, agita las columnas de la lengua. Ella viaja en la electricidad del aire, y se planta lo más cerca posible del corazón, de su latir, de sus frutos perversos...

La poesía, si existe, si acaso ha existido algún día, no tiene necesidad alguna de salir de su laberinto subterráneo, ni de alejarse de su volátil trazado. Ni de manifestarse ni de ser representada. Usted lo sabe, usted que lee, que se ha olvidado de leer, que se apresura a olvidar lo que no ha leído—así está hecha, tan apartada que escapa al panorama literario, al sistema editorial, a la inquisición de los medios, como a la curiosidad protectora de las mentes sutiles que se preocupan de su “ausencia”.

Habla usted del auge, en el tiempo de la posguerra, de la poesía. Para mi generación, fue una época siniestra. Por un lado, la cabalgata y el desborde de la rosa y la reseda,² de las cadencias impuestas por la noche y el hombro a hombro de

¹ Última frase de “La crise du vers” de S. Mallarmé.

² “la rosa y la reseda” es el verso final del poema homónimo de Louis Aragon que en los últimos dos años de la Segunda Guerra Mundial se transformó en un himno para la Resistencia.

la Resistencia. Mas todo eso, a plena luz del día, se marchitaba, sonaba a hueco, perdía el aliento... Y, del otro lado, el retorno de las últimas flores fatigadas del surrealismo, los rescoldos de un festín pasado, los hachones ya fríos de la fiesta... Fuertes personalidades, venidas de lejos, de la preguerra, perforaban la bruma y encontraban una notoriedad dispareja. Char, retorno del maquis; Artaud, retorno de Rodez. Michaux emergiendo del "Lejano interior"; Ponge embarcado en su "Toma de partido". Para ellos, que habían largado ya las amarras, un hermoso puñado de lectores. Mas para nosotros, que abríamos apenas los ojos, que empezábamos a escribir, los años cincuenta eran un desierto. Rarísimas eran las revistas, los pequeños editores, que nos acogían. Única, tal vez, la antología de Jean Paris que nos sacó, discretamente, de la oscuridad. Ninguna notoriedad pública, sólo una pantalla vacía, una brumosa travesía en la carraca de Jean Paris que, mal que bien, sobrevivió al mar...

Nosotros carecíamos de lectores. Los poetas, mientras viven, no los tienen. Sólo un malentendido les permite alcanzar el gran público, un éxito. Malentendidos, el populismo, la leyenda y el exilio de Victor Hugo; la mundana oficialidad de Valéry; la provocación y la algazara surrealistas; el compromiso de los poetas de la Resistencia... Pero el trabajo poético, solo, el verdadero trabajo con la lengua, y la pérdida pura, el pillaje que conllevan, no los escucha nadie, o solamente unos cuantos lo perciben.

Nunca hubo, en Francia, hasta este día, tantos poetas escribiendo, publicando, leyendo en público, tantos editores y revistas de poesía, tantos subsidios del Estado para apoyarlos. Es verdad, nadie los lee. Mas qué importa. Ahí están, libros abiertos. Y a pesar de tanta escoria, nunca hubo tantos poetas cuyas presencia, experiencia y práctica hayan sido tan singulares e instauradoras. La poesía francesa de hoy es accidentada, contradictoria, intensamente viva. Agita las aguas con corrientes múltiples. Acoge e incorpora, como fermento que la estimula y la transforma, voces llegadas de otros lugares, de otras lenguas, de otros tiempos. Ella traduce, acumula infini-

tamente. Y en el espejo de su lectura innumerable, se refleja, se interroga. Suaviza su huella, extiende su horizonte. Abriéndose a los alientos que vienen de fuera, profundiza su descubrimiento y su propio desenlace. Su porosidad, su apertura, se convierten en su identidad...

La poesía, tal como es acogida, o más bien despedida, despistada, perdida de vista, me basta, me llena. Ella no es, se niega a ser un género literario, un producto literario, una mercancía editorial. Ella es, por dicha, deficitaria en el cálculo del *marketing*. No la pueden aprovechar la computadora de la difusión ni la rastra mediática. Carece de auge en el sentido en que usted lo entiende pues ella renunció al brillo público, desde el primer día, por la irradiación en el cuerpo oscuro, la deflagración invisible y las transmutaciones subterráneas. Ella es escritura viva, destrozada —o no—, escritura activa en el subsuelo de la lengua —o proyección del deseo y de las palabras de cada día en el balbuceo del futuro. Es decir ausente, es decir ausente del mercado —y ese es el verdadero sentido de su pregunta...

La poesía no necesita sino palabras. Puede existir sin las palabras. Puede dejar de lado la mesa, el papel, el trampoline. No necesita ser vendible, ser legible. Ella se contenta con poco, y aún menos. De nada vive. O del aire del tiempo. Del deseo, y de la muerte. Y del vacío que la impulsa... Sin embargo, ella se dirige a alguien. A un lector desconocido. Al desconocido de todo lector. Sin un compañero inconfesable, está incompleta. Ella sólo respira y se relaja tensa por el deseo del otro. El otro siendo lo desconocido, siendo ella la ausencia, siempre...

Ella respira, no por eso deja de estar ausente. Es el pasaje y el suplicio del aliento de la lengua madre... Lo absoluto de la falta, en cada uno, de la plenitud que la marca y del vacío que la fascina, y de la muerte que se entromete —una respiración, otra, al interior de cada quien. Cuyo ritmo y sentido, cuyo número y palabra, el poeta conoce —sin recurrir al alarde ni a las contorsiones. Cuando la escritura poética deja de estar sujeta al poder —al poder teológico, al poder temporal—, en el instante en que toma sus distancias para jugar su

juego, sus juegos de amor, de lengua y de muerte, ya no hay asamblea que pueda recibirla y reconocerla. Ya no hay nadie. Ella va, cava su pozo, o boga en la superficie, o se evade en la cima del aire. Ella está ausente, y respira, por el negro latido de una soledad que es confrontación con la lengua, con la muerte de la lengua, con su desperdigado surgir de nuevo... —

— JACQUES DUPIN

Traducción de Iván Salinas

Este texto, bajo el título de "Éclipse", fue publicado por primera vez en el número 54 de la revista Le Débat (marzo-abril de 1989) en respuesta a una encuesta sobre la ausencia de la poesía.

EL PAPA Y EL HOLOCAUSTO GUÍA DE UNA NEGACIÓN

Indudablemente, Freud fue el primero en desentrañar esa extraña operación mental que lleva a un sujeto a negar la realidad de una percepción como un mecanismo de defensa contra una realidad para él traumática (*Verleugnung*). Así, por ejemplo, los miembros de la Sociedad de la Tierra Plana niegan la redondez de nuestro planeta y el 25% de los suizos, el 30% de los alemanes y el 49% de los estadounidenses, por citar a algunos, niegan que la vida haya evolucionado a partir de la materia inanimada de acuerdo con las leyes descubiertas por Darwin, ello a pesar de las abrumadoras evidencias que, en uno y otro caso, demuestran lo contrario. Pero existe también un grupo nada despreciable, o, mejor dicho, bastante despreciable, que se niega a admitir que el asesinato sistemático, premeditado y alevoso, de seis millones de judíos como parte de la política delirante del nacional-socialismo haya tenido lugar. Sólo que, a diferencia de las alucinaciones negativas citadas anteriormente, la negación del Holocausto está penada por la ley en numerosos países (en Austria, por ejemplo, con hasta veinte años de prisión).

Ciertamente hay negadores de la Shoá famosos como Roger Garaudy, Mahmud Ahmadineyad, Pat Buchanan o Jean-Marie Le Pen, pero ninguno de ellos tan célebre como el obispo de la ultraconservadora Fraternidad Sacerdotal



Richard Williamson, ministro de la negación.

San Pío X, Richard Williamson, quien, con su negación, ha logrado provocar una de las mayores crisis de legitimidad de la institución más antigua y sólida de la humanidad —la Iglesia católica.

He aquí la crónica:

Noviembre de 2008: Dos periodistas del canal sueco de televisión SVT realizan en Alemania una entrevista fuera de programa a Richard Williamson, a quien el papa Juan Pablo II excomulgara en 1988, junto con otros tres obispos consagrados por el arzobispo Marcel Lefebvre, quien a su vez también había sido excomulgado por oponerse a aceptar el proceso de modernización inaugurado con el Segundo Concilio Vaticano, provocando con ello un cisma de facto. En esa espontánea entrevista, que no fue dada a conocer sino hasta este año, Williamson hace las siguientes declaraciones: “Yo creo que las evidencias históricas se oponen fuertemente, se oponen de forma masiva, a que seis millones de judíos fueran asfixiados deliberadamente en cámaras de gases como parte de una política consciente de Adolf Hitler.” Y concluye: “Pero tenga cuidado, por favor. Esto va contra la ley alemana. Si hubiera aquí un funcionario alemán, podría encarcelarme antes de que yo pudiera salir del país.”

17.1.09: El canal SVT emite parte de esa entrevista en su sitio web.

19.1.09: El semanario alemán *Der Spiegel* publica un artículo informando acerca de la entrevista y cita a Williamson diciendo: “Sí, yo creo que no existieron cámaras de gases.”

21.1.09: Por la mañana, el cardenal Giovanni Battista firma un decreto mediante el cual se rehabilita a los cuatro obispos excomulgados, Williamson

entre ellos. A las 16:58 el canal SVT recibe un fax firmado por Bernard Fellay, superior general de los piistas, en el que exhorta rabiosamente a que no se transmita la entrevista. A las 17:20 llega un nuevo fax, esta vez del abogado de Williamson, solicitando que la entrevista sea transmitida únicamente en Suecia y no puesta en internet, ya que de lo contrario su cliente “corre el peligro de ser procesado penalmente en Alemania”. A las 8 de la noche se transmite el documental con la entrevista completa.

22.1.09: El diario italiano *Il Giornale* informa acerca del decreto de rehabilitación.

23.1.09: Los tribunales bávaros abren un proceso judicial contra Williamson.

24.1.09: El papa Benedicto XVI hace público el decreto de rehabilitación.

28.1.09: El Papa, sin mencionar a Williamson, condena públicamente a quienes niegan el Holocausto.

29.1.09: El cardenal Castrillón Hoyos asegura que el Vaticano ignoraba la existencia de la fatídica entrevista así como las opiniones negacionistas de Williamson. La prensa reacciona recordando las declaraciones hechas por Williamson diez años atrás, en Canadá: “Ningún judío fue asesinado en las cámaras de gases. ¡Todo son mentiras, mentiras, mentiras! Los judíos inventaron el Holocausto para que nosotros, postrados humildemente de rodillas, les autorizáramos fundar su Estado, Israel.”

30.1.09: Williamson se disculpa frente al Papa en un blog por “todas las molestias y problemas”, pero no se retracta de su negación.

31.1.09: El superior de la Fraternidad prohíbe a Williamson hacer declaraciones públicas sin su autorización y le pone un ultimátum: o se retracta de su negación o queda suspendido de sus funciones.

02.2.09: El obispo piista Bernard Tissier de Mallerais declara al diario *La Stampa*: “No vamos a cambiar nuestras posiciones sino a convertir a Roma.”

03.2.09: La canciller alemana Angela Merkel exige al Papa una clara toma de posición respecto a la negación del Holocausto.

04.2.09: El Vaticano reacciona exigiendo a Williamson que se desdiga de sus

opiniones, so pena de retirarle el reconocimiento de su investidura.

05.2.09: Williamson se niega a retractarse de su negación pero concede volver a revisar la evidencia histórica y, en caso de llegar a convencerse, modificar su opinión. Para ese fin se compromete a leer el libro *Los crematorios de Auschwitz / La técnica del asesinato en masa*, de Jean-Claude Pressac. Como fin del plazo se fija el 28 de febrero. La Fraternidad, por su parte, mostrando más temple que el Vaticano, expulsa a Floriano Abrahamowicz por negar el asesinato de judíos en cámaras de gases.

07.02.09: En la primera entrevista concedida desde el inicio de la crisis, Williamson declara: “Si encuentro pruebas, me corregiré. Pero va a llevar tiempo.” Y aprovecha para dejar en claro su ultraderechismo: “Ahí donde los derechos humanos son tomados como un orden objetivo que el Estado debe imponer, justo ahí es donde se desarrolla una política anticristiana.” La Conferencia Episcopal de Alemania (CEA), en un acto de inusitada oposición al Vaticano, exige que vuelva a excomulgarse a Williamson.

9.2.09: La Fraternidad Pío X, en un enroque magistral, destituye a Williamson de su cargo de director del Seminario La Rreja y demuestra ser más decidida, más consecuente, sí, más liberal que el Vaticano.

11.2.09: El Papa vuelve a calificar de inaceptable la negación del Holocausto y omite mencionar a Williamson.

16.2.09: Se dan a conocer los vínculos entre la Fraternidad piista y organizaciones políticas de extrema derecha en Alemania y Francia. El Papa persevera en su silencio acerca de Williamson, con lo cual, con cada hora que pasa, su autoridad y su credibilidad continúan desmoronándose como estatuas de sal bajo la lluvia.

No faltará quien interprete toda esta historia como una demostración más de la existencia de Dios, quien, como sabemos desde Job, gusta de poner las pruebas más duras a sus hijos más amados, en este caso, a su mismísimo representante sobre la Tierra. —

— SALOMÓN DERREZA

DILEMAS ÉTICOS

TECNOLOGÍA
Y MEDICINA

Las razones por las cuales el conocimiento médico se ha expandido con celeridad son múltiples. Sobresale una: de todos los científicos con que ha contado la humanidad en su historia más de la mitad están vivos y ejercen actualmente. La reproducción de la sabiduría médica no sólo es geométrica; es más precisa y más fina. Estoy seguro de que si algún científico de mediados del siglo pasado se asomara a lo que sucede en la actualidad, tanto en los laboratorios médicos como en los de biotecnología, su admiración y sorpresa no serían menores que la que experimentó Phileas Fogg, el personaje de Julio Verne, durante *La vuelta al mundo en ochenta días*. Aunque las figuras de Verne también enfrentan dilemas éticos, los que plantea la tecnología médica son más complejos por ser más veraces que las preguntas de la ciencia ficción.

No sobra repetir que el conocimiento y la tecnología en medicina no son ni buenos ni malos. Puede ser “mala” la forma en que se obtienen o inadecuadas las vías por medio de las cuales se ejercen. Los juicios morales sólo se aplican a los seres humanos; son los usos de la tecnología los que están sujetos a la polaridad axiológica de bueno o malo. La cuestión central es clara: debe existir un balance entre tecnología y ética.

Los eticistas contemporáneos bregan por encontrar ese equilibrio. El dilema es el siguiente: el conocimiento avanza sin cesar y es probable que sea ilimitado; pocas veces los científicos detienen su trabajo para preguntarse si tiene o no sentido seguir investigando. Los eticistas cuestionan esa realidad; saben que el conocimiento (y la tecnología) puede ser ilimitado, pero se preguntan si es ético investigar todo lo que se desea estudiar.

A ese embrollo debe agregarse otro avatar vinculado con la justicia distributiva. A pesar de que su tratamiento no es oneroso, algunas enfermedades

como la tuberculosis o la malaria matan a millones de personas en el mundo; lo mismo sucede con la desnutrición. Las víctimas pertenecen a los estratos socioeconómicos inferiores. Esa realidad choca con el inmenso costo de la biotecnología y sus productos. La mayoría de la humanidad no tiene acceso a ella. La diatriba, por supuesto retórica, descansa en el tejido de las prioridades: ¿cómo conciliar los costos que implican los avances biotecnológicos con las muertes por inanición o por falta de medicamentos? La realidad, ajena a la retórica, se lee en el mapamundi humano: el acceso a las bonanzas de la tecnología profundiza la brecha entre ricos y pobres, entre estar sano o enfermo, entre tener suerte y participar en la construcción del mundo o ser solamente un observador del movimiento.

La tecnología sorprende por la fascinación que produce y por su fuerza diagnóstica y terapéutica. Utilizarla parece obligado. En la medicina privada, quien no lo hace queda fuera del juego de la modernidad científica y marginado de los beneficios económicos que supone explotarla. Ese juego, muchas veces insano, genera otro problema inmenso. Aleja al médico del paciente y atenta contra el corazón de la medicina: la relación médico-paciente.

Francis Weld Peabody, eminente médico y humanista estadounidense, dijo en 1925, durante un discurso a sus alumnos de Harvard: “The secret of the care of the patient is in caring for the patient”, cuya traducción más apropiada sería: “El secreto en el cuidado del paciente radica en preocuparse por el paciente.” La vieja idea de Peabody es cada día más nueva y más vigente. El uso indiscriminado y exagerado de la tecnología médica incrementa la brecha entre doctor y enfermo, descuida los significados del término cuidar y merma, en aras del *glamour* y de los incentivos económicos, la lealtad hacia el enfermo, principio inequívoco de la profesión médica.

Otros problemas no menos importantes afloran cuando los doctores, en lugar de escuchar a los enfermos, soli-

citan exámenes *ad nauseam*, ya sea para esconder su incapacidad, para enriquecerse o para seguir los dictados de las grandes industrias y corporaciones hospitalarias. No es infrecuente, sobre todo cuando se realizan sin razones justificadas, que esos estudios causen daño –iatrogenia– o que se encuentren alteraciones que nada tienen que ver con el problema del enfermo y que seguramente serán motivo de nuevos exámenes y de la participación de más doctores en el estudio del enfermo. No en balde Molière utilizó en *El enfermo imaginario* su fina ironía: “¿Qué necesidad hay de cuatro médicos si con uno es suficiente para matar al paciente?” La espiral diagnóstica, aupada por las ofertas tecnológicas, puede no tener fin y sus resultados no ser necesariamente los adecuados.

La tecnología no es ni buena ni mala. Es neutra. Su uso debe ser racional y correcto. La ética aplicada a ella y al enfermo es inmejorable antídoto contra el mal uso que se le da y conciencia para impedir que la tecnología le gane la carrera al humanismo. La presión que ejercen quienes producen tecnología ha devenido en nuevas patologías que buscan convertir al sano en enfermo, a los síntomas en enfermedad y a los poco enfermos en muy enfermos. Regresar a los orígenes de la profesión no implica alejarse de las bonanzas de la medicina. Implica tratar y ocuparse de la persona y no de la enfermedad, porque, al igual que Phileas Fogg, viajero incansable, la obligación del médico es descubrir lo que siente la persona y no lo que dicta la tecnología médica. —

— ARNOLDO KRAUS

www.letraslibres.com

EL HURACÁN DE MALLORCA

Rafael Nadal, el mejor tenista del mundo, es un bicho raro. Fuera del rectángulo blanco que demarca la cancha, es sólo un niño. En una entrevista reciente, Nadal confesó que no le guarda rencor a ningún contrincante. Todos son sus amigos, en especial el maltrecho Roger Federer. Quizá buscándole algún ángulo macabro al zurdo de 22 años, el periodista le preguntó sobre la infancia. Resulta ser que Nadal no sólo no era un malcriado como McEnroe o un rebelde como Agassi: a Nadal le daba miedo la oscuridad... y le sigue dando. Cuando está solo en casa de sus padres —que también es la suya— prefiere irse a dormir temprano antes que soportar el peso de la noche: “Cuando uno de pequeño ha tenido problemas para dormirse, de mayor siempre le queda un poco.”

Pero luego llega el día y, con él, la hora del partido. Para entonces, Nadal ya no es un chico normal. Y ya no le tiene miedo a nada. Verlo jugar es ser testigo del rebote y rebote de esos juguetes inflables a los que uno cacheteaba sólo para verlos reaparecer, desafiantes, después de golpear al piso. A Nadal no se le puede noquear. Como el arcillista de antología que es, sabe alargar el punto hasta convencer al rival de la cercanía de su propio error. Nadal vence con la rotación mediterránea de su pelota. Pero no sólo con eso: debe ser abrumador el agotamiento que genera su tenacidad. Mientras se arregla los pantalones y raspa el piso antes de cada servicio, parece más un gato que un toro. Y luego están los gritos: esos españolísimos “¡vamos!” que reivindican algo poco conocido en el castellano: su capacidad para intimidar.

Cuando el partido termina y el adversario camina hacia la red resignado, Nadal se tira al piso y festeja, regresando del trance de los cinco sets, retomando la ternura infantil. Y entonces el felino se le va de la mirada y Nadal es todo suavidad. El brazo izquierdo deja de pulsar y el bíceps descansa.



Cuando llega la entrega del trofeo, es casi incomprendible cómo ese querubín de manga corta, que carga el botín como un juguete nuevo (ese lugar común, en el caso de Nadal, es un símil preciso), pueda haber sido, hasta diez minutos antes, un energúmeno incansable, un hombre que blande la raqueta como una extensión natural del cuerpo. Quizá fue ese misterio el que, tras la inevitable conclusión de la final del Abierto de Australia, hizo llorar a Roger Federer, el autómatas que, con toda su perfección, parece ahora sólo el telonero de ese concierto tenístico que es el huracán de Mallorca. Lo dicho: Nadal es un bicho raro. —

— LK

OBITUARIOS Y MENTIRAS

El ensayista y traductor cubano Ernesto Hernández Busto, exiliado en Barcelona tras una larga estadía en México, autor de *Perfiles derechos*, anima desde hace un par de años el mejor blog para enterarse de la actualidad cubana, dentro y fuera de la isla. (Su sitio: penultimosdias.com) Hace unas semanas descubrió la forma en que el periódico español *El País* cubrió la muerte de José Lezama Lima. Va la transcripción sin más comentarios, que sólo le restarían densidad a la marmórea lápida ideológica:

Ha fallecido en La Habana el escritor cubano José Lezama Lima, a los 65 años de edad. Dirigió el departamento de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional tras la Revolución castrista. Su obra poética se inició con la *Muerte de Narciso*. Su obra más influyente en la sensibilidad

y la juventud cubanas fue *Enemigo rumor*. Hay que destacar sus *Coloquios con Juan Ramón Jiménez* y los ensayos “Tratados en La Habana” e “Islas”. Su obra *Paradiso* se ha considerado la cumbre de la literatura revolucionaria.

■
Un tribunal de Perú condenó a Alfredo Bryce Echenique a pagar una multa no despreciable por el plagio de dieciséis artículos de quince autores. Para los lectores de *Un mundo para Julius* es una mala noticia, que no tiene explicación, salvo confusas teorías sobre la pulsión de juego y el temerario amor al riesgo que la determina. Para los articulistas mexicanos que llevan años saqueando la Wikipedia y descubriendo mediterráneos en la “voz de los otros” es una feliz advertencia. —

— RCG